

UN NOBLE ALEMAN,

FILIBUSTERO DE WALKER

LUIS CARTIN GONZALEZ
Costarricense

En 1855 la contienda política desbordada en nuestra vecina república del Norte había llegado por desgracia al mayor exacerbamiento y encono. Los partidos al disputarse el Poder no se daban cuartel y posponiendo a la salud de la Patria los muy mezquinos intereses del localismo renunciaban a todo propósito de un factible advenimiento. Su actitud irreconciliable trajo como consecuencia que se abriesen las puertas del Estado al filibusterismo, cuyo jefe, al desembarcar en Realejo, escuchó las frases de salutación y bienvenida que en aquel instante nefasto para Centro América le prodigaban con efusión no pocos hijos de Nicaragua, cegados por el apasionamiento y el deseo de exterminio del hermano adversario.

Pronto empezó para ellos mismos, como expiación de aquel funesto e insensato error, su propio calvario. El mercenario reveló pocos días después su propósito de ser el amo y ellos sintieron hincadas en su propia carne las garras del buitre voraz traído impiudentemente a terciar en sus disputas domésticas. Walker pretendía poner bajo su bota de conquistador, no sólo la ubérrima tierra de los lagos, que ya dominaba, sino también los otros cuatro Estados de común origen y que con Nicaragua constituyeron un día la República Federal de Centro América.

Walker no habría dado cabida nunca a esa ambiciosa lucubración, a no contar en sus filas con un núcleo de jefes militares extranjeros que como él, falaces, ávidos de riqueza y de predominio, estaban prontos a jugarse la vida en la realización de tan audaz designio.

Entre todos ellos aparece citado repetidas veces, como uno de los más capacitados y dinámicos, el prusiano Bruno von Natzmer, quien dada su juventud, venía a ser el Benjamín del Estado Mayor de Walker.

De sobra sabido es que por su adhesión a la causa del filibusterismo llegó a gozar de la absoluta confianza del caudillo invasor, quien le confirió el grado de Coronel de las milicias nicaragüenses, al incorporársele en 1855.

Lo que sí resulta hoy casi ignorado por la generalidad, es que Natzmer, antes de sentar plaza en las filas de Walker, residió en Costa Rica, donde por cierto hubo de dejar recuerdos nada edificantes.

Poseemos algunas noticias sobre la permanencia en nuestro país de ese desagradecido sujeto, que a la generosa acogida que en esta tierra se le brindara, correspondió sólo con vilezas propias únicamente de las almas ruines.

Son esas las noticias que nos proponemos referir en esta oportunidad, complementándolas con referencias a su actuación posterior en la vecina república del Norte.

Entre el escaso número de establecimientos que en 1853 ejercían en esta capital el comercio de mercaderías, de procedencia uropea, ocupaba lugar importante una casa alemana que contaba, para la mejor expedición de sus negocios, con una filial en nuestro puerto del Pacífico.

Apuntaremos como dato de interés, que fué la primera en introducir al país verdaderas novedades en cristalería y loza fina, que las familias acomodadas de esa época se apresuraron a adquirir. Muchos objetos de ese ramo, particularmente lujosos adornos de sala, que aún lucen en residencias distinguidas y antiguas de nuestra sociedad, tienen esa procedencia.

Como gerente de dicha casa, instalada con fondos de capitalistas de Hamburgo, aparecía el Conde Hermann de Lippe, quien había llegado a Costa Rica en 1851, con el propósito de desarrollar en este pequeño Estado centroamericano, un vasto pero quimérico plan especulativo.

Su iniciativa para elegir a Costa Rica como centro de sus actividades, bien puede tenerse como una repercusión del movimiento emigratorio hacia nuestro país, despertado pocos años atrás en Alemania, en virtud del contrato que con nuestro Gobierno celebró el Barón Alejandro von Bülow, para colonizar con familias germanas una región de nuestra república.

Era el Conde sujeto de amplísimos conocimientos en ciencias y artes, pero inexperto e iluso en materia de negocios. Así lo reveló en la práctica y así lo consigna en sus impresiones de viaje su connacional el escritor Wihelm Marr, quien le conoció personalmente aquí, como que precisamente era portador de una carta de presentación para él, al arribar a Puntarenas en el citado año.

Este escritor, en cuyas producciones campea caustico humorismo, más de una vez hace objeto de sus ironías a de Lippe, a quien califica de extraordinariamente vanidoso. Por supuesto, que Marr peca frecuentemente de exagerado en sus juicios, cuando trata de ridiculizar o deprimir a algún sujeto que no le mereciera sus personales simpatías.

Al lado del Conde y como auxiliar suyo, se contaba al joven prusiano Bruno von Natzmer, que en su tierra había ingresado en la milicia, llegando a ser oficial abanderado de un escuadrón de húsares. Era, según los que lo conocieron, alto y elegante. Desde luego, airoso jinete. Vino a Costa Rica en compañía de von Strilpnager, von Oppeler, von Raits y von Faber, todos jóvenes, pertenecientes a nobles familias alemanas. Su viaje lo verificaron por cuenta del Conde de Lippe, quien había solicitado sus servicios para que colaborasen aquí en sus proyectos, que según él se prometía, pronto habrían de alcanzar auge envidiable.

Escribe Marr: "Cuando hice irrupción en la casa lippica de Puntarenas, el Conde se encontraba en San José; pero en seguida hice una visita al señor von Natzmer, que acababa de llegar de esta ciudad a galope, trayendo importantes documentos "que debían torcer el pescuezo al bribón (2) de Knohr (3). Sudoroso y cubierto de polvo se bebió de un sorbo una botella de vino, se mudó la ropa, salió de prisa para la casa de una mujer de notoria reputación, estuvo allí tres horas y a la vuelta ayudó a vaciar, en honor de mi persona, la última botella de champaña que había en la bodega, suspiró cuando le dijeron que ya sólo quedaba schnaps y regresó a San José a caballo en la misma tarde. Este Natzmer es la personificación del noble degradado. De una obsequiosidad arrogante e importuna, es mentiroso, fanfarrón y petardista. En Costa Rica llegó hasta el robo y en Nicaragua a Coronel de Filibusteros".

En realidad ni Natzmer ni ninguno de sus colegas habían sido jamás comerciantes, y faltos, como su jefe, de toda previsión, se adentraron en operaciones ajenas al primitivo fin de la casa y despilfarraron torpemente el dinero. Además, estaban muy lejos de vivir sencilla y económicamente. Tal manera de proceder llevó a un indefectible fracaso la empresa en que intervenían.

En 1854 los embrollados asuntos comerciales del Conde debieron culminar en la inevitable bancarrota, porque en el mes de agosto encontramos a su auxiliar predilecto von Natzmer, aceptando la Comandancia de un pequeño destacamento que el Supremo Gobierno enviaba a San Carlos, en nuestra distante frontera del Norte.

No se concibe que pudiese ser halagador para un joven de las condiciones de Natzmer el decidirse a servir un cargo que le separaba de sus habituales costumbres de bohemia y disipación en esta capital, y creemos que sólo la penuria lo movió a conformarse con ese nombramiento. Y no era creíble, por razón idéntica, que se arraigase por mucho tiempo en aquella lejanía, sujeto de tan mala cabeza, que mil veces prefería la vida de juerga a los hábitos ordenados y metódicos.

La dotación mensual de que iba a disfrutar era de treinta pesos, moneda nacional. Hoy no faltará quien juzgue esa paga como muy exigua, pero en realidad no lo era, si se toma en cuenta lo barato de la existencia en aquella época y que no pocos servidores del Estado que desempeñaban funciones muy laboriosas o de gran responsabilidad, apenas percibían del Erario retribuciones semejantes.

Al partir para el lugar dicho, a fines de agosto, cobró Natzmer por anticipado su sueldo de septiembre, así como los de su subordinados. Fué esa mensualidad la única que éstos recibieron de manos de Natzmer, pues las de octubre a enero, inclusive, las retuvo en su poder el novel comandante.

El 14 de septiembre fijó su residencia en el islote de Providencia, formado por la intercesión de los ríos San Juan y San Carlos. De este lugar desalojó al nicaragüense Luis Cornejo, quien tenía allí una casa pajiza de 10 varas de largo, un platanar de 640 cepas y algunos otros cultivos. Según informe de Natzmer, el individuo citado, a quien se daba el apodo de Zorro, era reo prófugo de las cárceles de Granada, donde se le procesaba por homicidio. Por tal razón no podía volver a Nicaragua. Aquí hacía vida de bandolero, desvalijando y maltartando a los demás, siempre que encontraba oportunidad. Cornejo elevó al Gobierno costarricense queja contra Natzmer, por abuso de autoridad.

Dando un vistazo a la correspondencia dirigida por Natzmer al Ministro de Guerra, nos encontramos con que el 2 de octubre informó que el 30 del pasado mes, 5 pasajeros llegados del Castillo en un bote, y que eran un inglés, dos norteamericanos, (uno de ellos Capitán de la Compañía de Tránsito) y dos alemanes, le habían propuesto cooperarse con ellos a desalojar la guarnición de dicho punto fortificado, que era de sólo 17 hombres y un Comandante. La operación tendría por objeto lograr que "aquella parte" (sic) se agregase a Costa Rica, que ofrecía mejores garantías y seguridad a los extranjeros que Nicaragua. Aunque se lo suplicaban por Dios, el no quiso acceder a sus instancias, por no apartarse de las instrucciones recibidas y que le vedaban toda intervención que comprometiera a la República.

El 17 de noviembre nuevamente escribe que tiene conocimiento por pasajeros llegados al lugar, que se estaba urdiendo, al otro lado de la frontera, por funcionarios militares de filiación democrática, el plan de sorprender la guarnición de Costa Rica y remitir a sus componentes, en calidad de presos, a León. Al comunicarlo, se apresura a asegurar que ningún nicaragüense podría llevarlo a él preso; solamente muerto, agrega, sería posible.

Refiere también, en una de sus comunicaciones al Ministerio, que a invitación suya, los doctores Maraga y Frantzius, residentes el primero en San José y el segundo en Alajuela, están dispuestos a emprender cultivos en las márgenes del río San Carlos.

Existen otros papeles en que denuncia y censura rudamente la conducta de algunos madereros de esa región, que después de explotar a sus peones en sus penosos trabajos en la montaña, les niegan, despidados, su salario y hasta los alimentos más indispensables.

Sin embargo, muy pronto cayó él en igual falta y con caracteres más graves, según vamos a ver. Manchó su incipiente hoja de servicios en su calidad de Comandante, con una falta considerada como gravísima en la legislación militar de todos los países.

Ocurrió que irrespetando la Ordenanza a que estaba sometido, el día 13 de diciembre, sin solicitar el permiso que era de rigor, abandonando el puesto y sin dejar instrucciones ni recursos a sus subalternos, emprendió muy campante su regreso a San José. De manera, pues, que ya había desertado de sus funciones cuando el 9 de enero cobró, sin empacho, personalmente, del Tesorero General del Ejército, en esta capital, el sueldo de Comandante y los de la guarnición, sumas que debían computarse al mes apenas iniciado.

Los soldados que integraban el destacamento, viéndose sin jefe y sin dinero para atender a sus más perentorias necesidades, recogieron los trastos de cocina que tenían en su poder, más nueve fusiles nacionales, y los depositaron en manos de don Guillermo Hipp, residente en Sarapiquí, bajo recibo. Luego siguieron la marcha hacia esta ciudad, para poner en conocimiento de la Comandancia General lo ocurrido. Por orden de ésta salieron en busca de Natzmer, localizándolo en Aserrí el 3 de febrero. Al verlos, se deshizo éste en disculpas, prometiéndoles que con toda seguridad les pagaría "después" sus sueldos, pero como ellos no se conformaran con esa promesa, tan vaga y desalentadora, optó por entregarles una carta para el Comandante Gral. don José Joaquín Mora, donde reconocía haber dispuesto de la paga de la guarni-

ción. "Yo señor mía, —dice— confieso haber obrado con una ligereza grande". Da como excusa de su proceder, el encontrarse enfermo, y pide que se mande vender un fusil y un bote de su pertenencia en Sarapiquí y todos los demás efectos que poseía en casa de don Guillermo Hipp, de la citada localidad, para cubrir lo por él retenido. (4)

"Yo sé que se saca el doble, triple y también cuádruple de su valor", prosigue en su carta, escrita con los defectos propios de quien desconoce la correcta redacción castellana. "Sólo mis papales, que se hallan también en casa de Hipp, suplico que se me conserven. Yo quiero pagar hasta el último real, pero en este momento no puedo trabajar, Dios me lo prohíbe y me castiga. Muy repentido estoy haber servido de esta manera, pero cree Bm. Señor, que mucha desgracia también hace engrandecer mi ligereza, mis intenciones no eran tan malas como parecen".

No sabemos si Natzmer, que por lo visto no tomaba nada en serio, esperanzó que el Gobierno en esta circunstancia lo tratase con excepcional indulgencia. Si acaso lo pensó así, pronto hubo de desengañarse, pues la Comandancia General ordenó el 5 de febrero se instruyera contra él la causa correspondiente, bajo los cargos de desertación y usurpación del prest de la fuerza que había estado bajo su mando, librándose además la orden de su arresto.

Detenido en el cuartel, rindió su indagatoria a las 7 de la mañana del 6, sirviendo como cabeza de proceso su misma carta dirigida a la Comandancia. Manifestó ser su edad 24 años, soltero, de nacionalidad prusiana y militar en aquel país. Dijo en su declaración que ignoraba la causa de su captura y cuando fué preguntado por el juez instructor "con permiso de qué jefe" se vino de su puesto de San Carlos, negóse a contestar e igualmente cuando se le interrogó si tenía en su poder algún papel con la licencia del caso. En resumen, mantúvose en la misma negativa ante todas las demás preguntas que se le formularon. El juez ordenó acto seguido, su formal prisión.

Apenas duró pocas horas en ella, pues en la madrugada del siguiente día logró escaparse del cuartel. Al tomarse conocimiento del hecho, el Fiscal específico, Dr. don José M^a Castro, se constituyó en el cuarto donde había permanecido el procesado, encontrando en el local solamente una maleta que contenía dos sábanas, un paletó a cuadros, un paquetito de tabaco de pelo, un papel con azufre y una bolsa con seis balas de plomo. Aunque se trató de inquirir si en su evasión fué auxiliado por algunos de sus guardias, nada se puso en claro. Al joven aventurero, como se comprende, no le fué difícil ganar la frontera de Nicaragua, siguiendo hasta Honduras. Hay indicios de que allí trabajó

en la oficina de una empresa minera. Está fuera de duda sí, que en dicho Estado conoció a Byron Cole, quien había celebrado el 29 de diciembre de 1854, con el Gobierno de Castellón, su famosa contrata para introducir elementos mercenarios en Nicaragua. Cole se había refugiado provisionalmente en Honduras, en espera del desarrollo de los sucesos políticos de la vecina del Sur y el azecho del momento favorable para volver a León. Había emprendido, entre tanto, trabajos de explotación minera en los ricos yacimientos metalúrgicos que tanta nombradía han dado a la tierra de Lempira.

Intimaron los dos, atraídos por su análogo instinto de perversidad, propicio para su sólida vinculación en lo futuro. No sería, pues, mucho el esfuerzo retórico de Cole para atraer a Natzmer hacia la causa filibustera. Lo cierto es que ambos salieron a caballo, vía Olancho, para Nicaragua, en busca de Walker, tan luego supieron haber arribado éste el 16 de junio al puerto de Realejo, a bordo del bergatín Vesta, en compañía de su horda de aventureros yanquis.

Desde la primera entrevista con Natzmer, acogió de mil amores Walker al tudesco, comprendiendo que éste reunía condiciones muy a propósito para secundarle en sus osados planes. A partir de esa ocasión, el jefe de la falange empezó a distinguirse con señaladas prerrogativas y muestras de aprecio. Para merecerlas, no cabe duda que a Natzmer, a la verdad ni corto de perezoso, le sobraban cinismo y audacia. Como ya indicamos antes, Walker le confirió de inmediato el grado de Coronel, incorporándolo a su plana mayor.

En concepto de Walker (Memorias) Natzmer hablaba muy bien el español, medianamente el francés y de modo muy pasable el inglés. Sin embargo, la carta que el 3 de febrero de 1855 Natzmer dirigió al Gral. Mora, Comandante en Jefe, y que atrás reproducimos casi íntegra, no parece confirmar los conocimientos de la lengua castellana que el caudillo yanqui le atribuye.

Escribe esto: "Habiendo residido algún tiempo en Centro América, dotado de una buena inteligencia, Natzmer era muy a propósito para prestar muchos servicios a los americanos... En el curso de los acontecimientos —agrega— se verá que ambos (Cole y Natzmer) fueron valiosos auxiliares de la Falange".

El joven militar abrazó con un fervor digno de mejor causa la empresa de Walker y hasta es muy posible que en su cerebro, un poco predispuesto a la fantasía, diese cabida a la idea de un cercano triunfo del filibusterismo.

Así parecen revelarlo las cartas que solía mandar de cuando en vez a personas de su conocimiento en esta capital. En una de ellas, reproducida en el Boletín Oficial de 28 de Enero de 1857, conlleva estas palabras que envuelven una amenaza: "Mucho más pronto de lo que nos figurábamos, tendré el gusto de hacerle una visita en su casa y arreglaremos las cuentas pendientes". (5)

La primera vez que encontramos a Natzmer tomando participación en actividades militares en Nicaragua, es a bordo del Vesta, en 1855, como miembro del Estado Mayor del Subprefecto de Chinandega José M^º Valle (a) Chelón, que auxiliaba de muy buen grado a Walker en su tarea de excursionar por el departamento meridional. Allí, según palabras del propio jefe falangino, Natzmer "fué muy útil a Valle en sus nuevas funciones, lo mismo que a los americanos".

Por esos días Valle acarició el proyecto de pronunciarse contra la autoridad del jefe de los demócratas don Francisco Castellón y establecer un nuevo Gobierno provisional en Nicaragua. Walker logró disuadirlo de su intento, juzgando para sí que tal plan vendría a entorpecer sus personales designios futuros. En momentos de ausencia del jefe de los filibusteros, Natzmer, tomando un caballo, fué hasta León, para comunicar oficiosamente a Castellón lo que tramaba Valle. Al regresar Natzmer a Chinandega, lo arrestó Walker por su indiscreción, pero según apunta en sus Memorias, "Como había obrado movido por buenas razones, aunque con miras erradas, pronto se le puso en libertad y desde luego dió pruebas de ser un militar digno, y andando el tiempo, uno de los mejores oficiales que ha habido en Nicaragua".

Natzmer deseaba que Walker se trasladase a Honduras, para que sirviera a las órdenes del Gral. don Trinidad Cabañas, quien a este respecto escribió al jefe falangino en 1855. Querría que éste se encaminara con sus mercenarios a Comayagua, para que allí le ayudasen a sostener en su vacillante solio presidencial. Solicitud análoga le reiteró personalmente en diciembre del mismo año, cuando depuesto ya del Poder, llegó a Nicaragua en busca de recursos para recobrar el mando supremo en su Patria. En ambos casos la respuesta de Walker fué negativa, por no torcer sus planes ya bien maduros y depódicos.

En marzo de 1856 era Natzmer Inspector del Ejército, residiendo en León "con facultades generales e indefinidas para reglamentar la administración de la ciudad y ver que se atendiese debidamente a las necesidades de la fuerza americana. Prestaba valiosos servicios por el conocimiento que tenía de las gentes del departamento occidental..."

En el asalto sorpresivo de Rivas, ocupada por los costarricenses, tan bien urdido por Walker, el 11 de abril, mandó Natzmer la segunda columna de rifles, logrando, con el Mayor O'neal, tomar posesión de importantes casas "teniendo su gente bien preparada y haciendo un fuego nutrido y certero contra las filas enemigas", según el texto del propio jefe de la Falange.

Como los contendientes en la acción de ese día se encontraban separados por muy corta distancia, Natzmer pudo fácilmente identificar en las tropas nuestras a varios combatientes que eran vecinos de San José y que él conocía como personas de alguna significación. Sucesivamente los indicaba a los mejores tiradores suyos, para que dirigiesen, de preferencia, sobre aquéllos, sus certeros disparos. Tal proceder fué ratificado y comentado ampliamente por los expedicionarios costarricenses a su regreso de la campaña.

Bien caro, segando numerosas vidas, cobraba Natzmer a nuestros abuelos el que se hubiesen ejercido sobre él los trámites de la justicia como consecuencia de sus graves contravenciones al Código militar!

Al emprender Walker la retirada, después de haber visto malogrado el objetivo primordial de su ataque sobre nuestros compatriotas, Natzmer fué escogido por su jefe, para adelantarse hasta Granada, y remitir a Nandaimé todos los caballos y mulas disponibles, así como provisiones, para auxiliar las destrozadas tropas yanquis.

El 12 de junio se vió Natzmer envuelto en muy seria dificultad. Encontrábase ese día, de orden de Walker, en la ciudad de León, al mando de dos compañías de americanos, para vigilar a los demócratas, de quienes los invasores recelaban. Dispuso en la mañana que un destacamento de su fuerza, en sustitución de soldados leoneses, resguardase el edificio conocido con el nombre de El Principal, situado en la plaza y en el cual se hallaban depositadas las armas y pertrechos. El hecho despertó gran revuelo en el vecindario y fundadas sospechas sobre los verdaderos propósitos de los americanos. Como la efervescencia aumentaba con las horas, Natzmer hizo concentrar su tropa en la plaza y temeroso de ser agredido de un momento a otro, se puso a la defensiva. Entre tanto Jerez, Ministro de la Guerra, le ordenaba desocupar las torres de la catedral, para poner allí soldados del país. Natzmer, antes de obedecer, pidió instrucciones a Walker, que se hallaba en Masaya. Esto comprendió que le convenía esquivar el conflicto y ordenó, en consecuencia, que las fuerzas americanas se replegasen a Nagarote.

El 12 de julio se verificó en Granada, con gran aparatosisidad, la toma de posesión de la Presidencia por el Gral. Wiliam Walker, a raíz de unas fraudulentas como irrisorias elecciones.

Según el malogrado historiógrafo don Salvador Calderón Ramírez, en esa fecha, después de la ceremonia oficial de la juramentación, verificóse, como parte del programa, un banquete de 100 cubiertos. A él concurrieron, con el Presidente intuso, el Ministro americano Mr. Wheeler, la Plana Mayor del ejército, varias damas, empleados civiles y personajes particulares afectos al régimen imperante.

En ese acto, Mr. Wheeler, con gran énfasis, anunció que tenía autorización para reconocer, a nombre de su Gobierno, al nuevo Presidente de Nicaragua. Luego, en su brindis, el diplomático americano, formuló sin rebozo, su anhelo de que Walker en breve llegase a ser el Presidente de la América Central.

Los vítores y aplausos de la enardecida concurrencia vibraban de continuo en el amplio recinto.

La fiesta había alcanzado la plenitud del regocijo. En momentos en que el caudillo de los filibusteros aceptaba complacido las congratulaciones con que le halagaban los concurrentes y llegaba su condescendencia hasta tolerar que el Gral. Hornsby, que no estaba muy seguro de sus pies por las repetidas libaciones, le diese un efusivo abrazo, hizo su entrada en el salón Mr. Thomas, Srío. particular de la Presidencia, y con gravedad suma, puso en manos de Walker una esquila, manifestando haber sido traída por un jinete expreso, que a revienta cincha cubrió la distancia que media entre Managua y Granada.

En la concurrencia reinó el silencio y la especulación. Walker desdobló la extraña misiva y posó sus ojos zarcos en ella. Todos los circunstantes observaron que su rostro se tornó lívido. No era para menos. El Coronel Natzmer, que se había privado de asistir a la celebración para permanecer en Managua, arma al brazo, velando por los intereses americanos, le comunicaba tener informes, por medio del Coronel Valle, de haber desembarcado 1000 soldados salvadoreños en Playa Grande y que tropas guatemaltecas avanzaban por tierra hacia Nicaragua. Tal noticia venía a constituir para Walker una trágica advertencia de que su poder, ahora en auge, habría de derrumbarse en plazo no muy lejano y que su predominio estaba a punto de eclipsarse.

Ocurría en aquel instante una escena que nos trae a la memoria la turbación que experimentara Baltasar, en medio de su festín, al aparecer en las paredes de su palacio de Babilonia, las palabras misteriosos que anunciaban la caída inminente de su imperio, según relata el Texto Sagrado.

Y Bruno von Natzmer, el más fiel adepto de Walker, por una coincidencia impuesta por el ineludible curso de los sucesos y una cruel ironía de la fatalidad, era el que inoportunamente, con su misiva, venía a acibarar en aquel instante su fugaz apoteosis.

Sin embargo, al darse cuenta Walker, de que al final del billete, Natzmer reafirmaba su adhesión al pedirle órdenes, el rostro del caudillo se serenó, recobrando su aspecto impassible y reposado, habitual en él.

Rápido en la concepción y encadenamiento de las ideas, había comprendido que mientras en sus filas contase con jefes subalternos de la constancia y temple que revelaba Natzmer, aun en los momentos más álgidos, bien podría disputar con éxito, palmo a palmo, la codiciada tierra centroamericana, a los ejércitos aliados, divididos y desorganizados por las divergencias originadas en egoístas intereses de partido.

Sin vacilar reafirmó el propósito de mantener contra viento y marea su programa de conquista condensado en el lema inscrito en su bandera: *Fiver or nome*. Y se aprestó a seguir la campaña.

En el ataque que Walker lanzó el 11 de noviembre contra las fuerzas costarricenses, que mandadas por el Gral. Cañas trataban de ocupar el camino de San Juan del Sur, para cerrar el tránsito, Natzmer recibió el encargo de abrir sobre la marcha, con un cuerpo de zapadores y mineros, una vereda en dirección de la cumbre ocupada por nuestros connacionales, a fin de facilitar un movimiento de flanqueo. La operación estaba erizada de dificultades y peligros, pero Natzmer, que era implacable en su rencor a los costarricenses y deseaba su aniquilamiento, puso sus cinco sentidos en el desempeño de la ardua labor, y en hora y media, según la versión americana, alcanzó la meta, viéndose los costarricenses obligados a replegarse.

En el asedio a Masaya, el 15 del propio mes, por los yanquis, éstos sufrieron buen número de muertos y heridos. Natzmer fué derribado durante la acción por una bala perdida, que afortunadamente para él, sólo alcanzó a herirlo en la oreja.

Durante los meses de enero y febrero de 1857, en que los aliados estrecharon el cerco de Rivas, Natzmer logró introducir a la plaza, burlando la vigilancia de los sitiadores valiosos acopios de provisiones, diligencia que dados los difíciles medios de que había que echar mano para realizarla, lo acreditaron aún más ante los ojos de Walker, por su "habilidad y competencia".

El 10. de mayo, cuando Walker reducido a muy miserables recursos, se vió forzado a suscribir su capitulación, Natzmer fué uno de los oficiales seleccionados por su jefe, para integrar su séquito, al dirigirse al puerto de San Juan del Sur, para abandonar el país.

En el nuevo intento frustrado a Walker, de invadir a Nicaragua en noviembre del 57, Natzmer se contaba en el número de los expedicionarios que desembarcaron en San Juan del Norte el 25 del citado mes, dispuestos a correr todas las eventualidades de otra azarosa etapa de aventuras.

Desde ese momento perdemos sus huellas. Ya no volvemos a saber nada más acerca de sus posteriores andanzas.

Cuando Walker en 1860 hace su aparición en las costas de Honduras, entre los que lo acompañaban en esta nueva intentona que tan fatal culminación tuvo para sí, ya no se cita el nombre del arrogante Bruno von Natzmer.

Tampoco lo hemos encontrado en la lista de quienes habiendo hecho en Nicaragua la carrera de filibusteros al lado de William Walker, luego participaron en la guerra de secesión americana, algunos de ellos con muy buena estrella.

Aquí terminan, pues, nuestras noticias sobre este aventurero teutón, que poseyendo innegables capacidades (juventud, inteligencia e intrepidez) para surgir en la sociedad, si se hubiese mantenido dentro de la senda del deber, desde edad muy temprana prefirió malograr su porvenir y echarse por el atajo del deshonor y sin intentar, que sepamos, volver atrás, no tuvo escrúpulo en consumir actos vituperales y bochornosos, manchando, de esta manera, lamentablemente, el blasón de su noble familia.

Ojalá alguna vez pudiésemos saber que sus postreros días se deslizaron en un ambiente bonancible, propicio para despertar los sentimientos en una conciencia dormida, con la eficacia bastante para atenuar, a la medida de nuestros deseos, el penoso recuerdo de sus anteriores extravíos.

No podría tenerse por un imposible, ya que siempre estará al alcance del hombre, por más culpable que sea acogerse al arrepentimiento y con la esperanza puesta en el Ser Supremo, rehacer su vida y rehabilitarse ante los ojos de sus semejantes.